

CARTA/ DE MJJERE/



FLOR DE MALVA. — Su inquietud, la hizo asistir a los bailes de La Constancia estas festividades. La animada música del sexteto enfurecía la fierecilla de su corazón..., conformes. Bailaba con otra y con otras, con todas las amigas de usted. Mi opinión es ésta. Aunque sus brazos asieran la linda cintura de las demás, por parecer más alejado de su pasión, su pensamiento dialogaría con el suyo. Muchas veces bailamos al son que nos tocan y tal hizo el *rabioso* enamorado.

LUZ DEL ALBA. — El diván propugna siempre a la confidencia entre muchachas que no bailan. No bailar es una desesperanza más en la juventud que se desmorona, que corre, que se nos aleja sin saber cómo. Caer en los brazos del galán, sólo nos es permitido, cuando se nos invite a danzar. Si después de no bailar ahora, luego no llegamos a oír la célebre Epístola, reprochóse usted misma de no haber gustado las delicias de caer en los brazos de un hombre... siquiera en unos compañeros de charleston.

MONINA. — En el salón, sus ojillos traviosos y observadores, van diciendo a los *mirones*, que ya no bailan, muchas cosas oportunas y graciosas. Luego, los cubre con el manto severo de sus párpados y hace como que se arrepiente... pero los abre y vuelve a pecar, y así toda la noche y todas las innumerables vueltas que da al salón.

DEDE. — Estos casos, según mi manera de apreciarlos, es necesario definirlos empleando, desde luego, todo el taoto

necesario para no complicar los hechos. Escríbele sin ninguna altivez, sencillamente, reclamando la devolución de esas cartas que no tienen ninguna razón de existir, puesto que ya desapareció la causa que les dió vida. Esto obligará a que él adopte una actitud y de ello derivarán elementos de juicio más amplios para que usted aprecie el interés en que se le tiene. ¿No cree usted que eso es lo único viable?

MARINA. — Me parece que sí. Les falta a ustedes el inevitable punto de acercamiento, o sea la incidencia necesaria para arribar al punto deseado. Sin duda alguna no hay en efecto ninguna base para considerar amor ese interés irregular. Pero, no se le escape que en esa misma insistencia hay un algo que es necesario tener en cuenta. ¿Quién le dice a usted que a pesar de todo el joven de referencia sea en realidad tímido? O también, ¿no se le ha ocurrido a usted pensar que su buen gusto esté preparando la circunstancia propicia para declarar su pasión? Todo es presumible y digno de apreciación en este caso. En lo que respecta al tratamiento ahórreme usted la oportunidad de darle un consejo erróneo y déjelo librado a su penetración femenina. Cualquiera de los dos procedimientos a seguir que le aconsejase podrían resultar perjudiciales, si no fuesen aplicados en el momento oportuno. Fíe en usted misma y accione cuando así lo estime conveniente.

CONDENADA A SUFRIR. — Su impaciencia es tal vez la causante de sus desdichas. Si bien es cierto que tiene usted sobrados motivos para recelar, no es menos importante también tener en cuenta que pudieran haber ocurrido todas esas cosas con las que se justifica su novio. ¿No tiene usted el detalle, importante por cierto, de esa referencia que le llegó a usted por intermedio de otra persona? Sin pensar mucho en ello me parece que usted debería apreciar esa revelación como de gran valor. Por lo que a esas maniobras un tanto oscuras se refieren, me parece que lo conveniente es que adopte usted el mismo procedimiento, no vaya a ocurrir que él aprecie el efecto desastroso que en usted producen. Exíjale, una explicación terminante, que concluya con esas situaciones y maniobras equívocas.

Don CONSEJILLOS.

LA VELADA



UN APUNTE INÉDITO DE SOROLLA